



LECCIÓN 228
Dios no me ha condenado. Por lo tanto,
yo tampoco me he de condenar.

Comentario de Sarah:

Dios conoce nuestra santidad, sin embargo, la cuestionamos. Vivimos negando la verdad sobre nosotros mismos, y ahora llegamos a una decisión. ¿Quién tiene razón, Dios o yo? Sólo puede haber una realidad. ¿Es el conocimiento de Dios sobre nosotros la verdad, o aceptamos como verdadero lo que Él proclama como falso, que es este cuerpo y este mundo? En la lección 186.6, leemos: **“La arrogancia forja una imagen de ti que no es real. Ésa es la imagen que se estremece y huye aterrorizada cuando la Voz que habla por Dios te asegura que posees la fuerza, la sabiduría y la santidad necesarias para ir más allá de toda imagen. Tú, a diferencia de la imagen de ti mismo, no eres débil. No eres ignorante ni impotente. El pecado no puede mancillar la verdad que mora en ti, ni la aflicción puede acercarse al santo hogar de Dios.”** (L.186.6.1-5)

¿Qué significa esto? Significa que llamarnos humildes pecadores es un pensamiento arrogante. Creer en nuestra propia descripción de nosotros mismos es arrogante. Sentirse indigno, avergonzado y angustiado es parte de esta imagen inventada que hemos llegado a creer que es la verdad sobre nosotros mismos. No somos débiles. Estamos hechos a imagen de Dios. Dios conoce la verdad sobre nosotros. Nosotros no. Las observaciones que hacemos sobre nosotros mismos son falsas. Dios nos asegura la verdad, pero tenemos miedo de escucharla. **“Y según Él te habla, la imagen se estremece e intenta atacar la amenaza que le resulta desconocida, al sentir que sus cimientos se derrumban.”** (L.186.7.2)

¿Qué se nos pide que hagamos ante esto? **“Abandónala.”** (L.186.7.3) Como leemos en el capítulo 31, **“No sé lo que soy, por lo tanto, no sé lo que estoy haciendo, dónde me encuentro, ni cómo considerar al mundo o a mí mismo.”** (T.31.V.17.7) (ACIM OE T.31.V.60) Para nosotros, este es un pensamiento aterrador. Sin embargo, cuando pensamos que sí sabemos y mantenemos que tenemos razón sobre el yo que creemos que somos, hacemos que nuestro propósito sea de distorsión, donde nos aferramos a la imagen y escuchamos sus pensamientos, en lugar de sintonizar la mente con el Pensamiento de Dios. Para empezar, debemos admitir que no sabemos. Todas nuestras percepciones son erróneas. Necesitamos la voluntad de cuestionar todo lo que creemos saber y cada valor y creencia que albergamos y traer nuestros falsos pensamientos y creencias a la conciencia sin juzgarnos por nuestras percepciones. El juicio es siempre del ego. Jesús mira con nosotros todo lo que hemos hecho, pero no tiene juicio y declara que lo que pensamos es falso. Podemos alegrarnos de estar equivocados en todo. Podemos alegrarnos de que los pensamientos de la mente no nos pertenezcan.

¿Por qué es importante esto? Jesús nos dice de nuevo en la lección 186: **“La salvación del mundo depende de ti, y no de ese pequeño montón de polvo.”** (L.186.7.4) Nuestra función es soltar el pequeño yo y aceptar nuestra grandeza. El único camino hacia la paz es buscar al Ser y no al “pequeño montón de polvo” en busca de respuestas. Cuando nos centramos en nuestros papeles inventados por nosotros mismos, somos muy inestables, pasando de la pena a la dicha extática y de las lágrimas a la risa con mil estados de ánimo cambiantes. Esa inestabilidad no es lo que somos. ¡Gracias a Dios!

Hoy, permítete estar dispuesto a **“aceptar Su Palabra de lo que soy”**. (L.228.1.4) Cuando surjan en tu mente los argumentos de que tienes algún defecto, estate dispuesto a dejarlos ir. Niega su poder para afectarte. **“Mis errores acerca de mí mismo son sueños. Hoy los abandono.”** (L.228.2.4-5) No somos nuestras historias. No somos el sueño, sino el soñador. No somos lo que nos decimos que somos. No merecemos condena, como tampoco la merece nadie. Cuando atacamos, entonces el amor que somos se bloquea de nuestra conciencia, y ya no podemos conocer la verdad. El Amor de Dios es lo que somos. Hemos olvidado nuestra Fuente. Cuando surjan pensamientos de juicio, acude a Él para que te ayude a trascender estos pensamientos que bloquean tu santidad.

Cuando hoy te sientas tentado a tener pensamientos de juicio o de ataque, a abrigar resentimientos, a sentirte especial y querer que tus necesidades se satisfagan a costa de los demás, a manipular las situaciones, a compararte con los demás y a ver a tus hermanos como culpables, recuerda que, si alguno de estos pensamientos es verdad, Dios no lo es. Ambos no pueden ser verdad. O somos Un sólo Ser, Uno con nuestro Creador con todos Sus atributos, o somos hijos del ego. Los pensamientos que elegimos creer y a los que prestamos atención determinan quiénes pensamos que somos. Esta es la decisión que debemos tomar con cada pensamiento que no perdona.

Hoy, esperamos en silenciosa expectación y en tranquila disposición para recibir Su Palabra de lo que somos. Dios, estoy dispuesto a liberar mis juicios sobre mí mismo y aceptar Tu amor. Estoy dispuesto a responsabilizarme de toda la culpa que proyecto sobre los demás y a reconocer que nadie, ni siquiera yo mismo, es culpable. No te he dejado para entrar en un cuerpo y morir. Ahora, **“estoy listo para recibir únicamente Tu Palabra acerca de lo que realmente soy”**. (L.228.2.6) Cuando todas las ilusiones son llevadas ante la verdad, mi mente está despejada para escuchar la Palabra de Dios que me asegura que soy Su Hijo y que nunca Lo he dejado.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca